

metióse en estos cuydados, si
 porque sabe, y no lo dudo,
 que sois muy aficionados,
 con rrazón,
 a la sancta encarnación,
 y sé también, que no miento,
 teneys huerte deuoción
 al muy sancto nacimiento;
 pues tomad
 por vuestra, su uoluntad,
 más que la obra que viene,
 porque nadie, en la verdad,
 puede dar son lo que tiene;
 los discretos
 suplan mis muchos defetos,
 que pocos biuen con pocos;
 antes, en son de discretos,
 vereys ynfinitos locos;
 ea, quedar,
 que me llaman a cantar,
 y digos, en fin, en fin,
 que quien no quisier perdonar
 que se quede por rruyn.

DIEGO SÁNCHEZ DE BADAJOZ

LAS EMPRESAS MARITIMAS DEL GRAN DUQUE DE OSUNA

Por ANGEL DOTOR



E aquí la evocación de una figura eminentemente representativa del genio racial y del espíritu de su época: el insigne don Pedro Téllez Girón, tercer Duque de Osuna, segundo Marqués de Peñafiel, Caballero del Toisón de Oro, Miembro del Consejo de Estado de Felipe III y Virrey de Sicilia y Nápoles, de quien con razón se ha dicho que constituyó una de las celebridades que más contrarrestaron la decadencia nacional tan acusada ya en aquel reinado. Su colaborador en servicios patrióticos, el glorioso Quevedo, plasmó en pentélico y famoso soneto el relieve de aquel caudillo y el contraste singular que ofreció su vida; pero cabe decir que después transcurrió el tiempo sin que los historiadores diesen a tan eminente paladín el debido realce. Fue mediado ya el siglo XIX cuando el gran marino e historiógrafo Fernández Duro exaltó debidamente el relieve con que se proyecta en el XVII aquel gran Duque de Osuna. Después lo hizo Fernández Bremón, y recientemente el ilustre periodista Armiñán Odriozola ha dado a la estampa una buida biografía del mismo, en la que se delinean brillantemente, con ponderación y objetividad, los rasgos esenciales del semi-olvidado personaje, cuyo recuerdo tan íntimamente vinculado está a las grandes empresas expansivas de nuestra Historia.

Puede decirse que aquel representante de una de las ramas más esclarecidas del rancio abolengo hispano formóse en Italia, donde su personalidad había de alcanzar el culmen, cosechando excepcionales triunfos. Nombrado su abuelo, el primer Duque de Osuna, Virrey de Nápoles, apresuróse a llevarle consigo. Aquellos años en que, siendo aun niño, allí permaneció, sirviéronle para adquirir excelente educación, manifestándose muy aficionado a las artes propias de la milicia, con especialidad a las expediciones y aventuras navales, proclividad

explicable dados los éxitos que España había cosechado en épocas inmediatamente precedentes, algunos de ellos—como los debidos al genial Gonzalo de Córdoba—precisamente allí, en aquel suelo donde transcurrió la adolescencia del otro gran milite genial.

De regreso en España, Osuna tuvo una mocedad en extremo turbulenta, como entonces era habitual aconteciera a casi todos los jóvenes que no abrazaban el estado eclesiástico. Pronto, fallecidos su abuelo y su padre, los excesos le hicieron ser encarcelado en Arévalo, donde consta permanecía en el año 1600, o sea a los veinte de su edad, pues había nacido el 1579, en Valladolid. Poco tiempo debió de transcurrir hasta que varios compañeros de aventuras, capitaneados por un tal Ribera, asaltaron la prisión, liberándole, y ello le hizo huir a Francia, desde donde marchó a Portugal y a Inglaterra, yendo, finalmente, a Flandes, suelo a la sazón encendido por la guerra en que tantas proezas habían realizado los españoles. El Duque sentó plaza de soldado en la compañía del capitán Diego Rodríguez, del Tercio del maestro de campo Simón Antúnez. No cabe trazar aquí, por falta del necesario espacio, una sinopsis de la actuación de Osuna en Flandes, si bien diremos que por sus condiciones castrenses pronto alcanzó ascensos y honores, llegando al altísimo de cambiar su espada con el propio Archiduque. Siendo ya coronel-general estuvo en la acción naval en que perdió la vida Federico Spinola, Duque de Santa Severina, hermano del héroe de Breda, a quien Osuna siguió después. Y en aquella y otras ocasiones patentizó valor y denuedo, sellados con su generosa sangre, pues resultó herido varias veces, una de ellas con mutilación de la mano derecha.

Vuelto de nuevo a la patria, Osuna tenía un prestigio legítimo de militar valeroso e inteligente, que había gastado, además, gran parte de su fortuna en subvenir a las necesidades de la guerra. No es extraño, pues, que lo mismo el Rey, Felipe III, que su privado, el Duque de Lerma, quisieran conocer sus opiniones tanto acerca de la lucha en Flandes como sobre los demás problemas de la política internacional española. Como ha puesto de relieve Fernández Duro, el genio político de Osuna, su capacidad como estadista, se reveló entonces con el informe dirigido al Rey y a sus consejeros, donde exponía su visión de que «sin el dominio de los mares, con escuadras poderosas que arrollaran a ingleses y holandeses en las aguas atlánticas y americanas, y sin completar esa obra en el Mediterráneo y sus archipiélagos, derrocando al turco, al berberisco y al veneciano, el poder nuestro se rendiría al peso de su impotencia». En el discurso pronunciado ante el Consejo de Italia manifiéstase también la intuición de Osuna: «Si la provisión de un

gobierno cualquiera requiere grave consideración, creo que el virreynato de Sicilia lo merece como ninguno. Sicilia es llave del reino de Nápoles, joya de la Corona de Vuestra Majestad y salvaguardia de la libertad de toda Italia. El imperio otomano la codicia y acecha de continuo, con la esperanza de hacerla un día o el otro tributaria suya; bien lo sabía Carlos V, de feliz memoria, abuelo de V. M., cuando, en previsión de lo futuro, dio la isla de Malta a los caballeros desalojados de Rodas, a condición de hacer cruda guerra a Turquía desde aquel baluarte; pero ya la medida es ineficaz contra enfermedad tan aguda. Aquella isla noble feracísima, que forma un triángulo de setecientas millas de superficie, tan próxima a Italia que sólo las separa un estrecho de tres millas, es de naturaleza que fácilmente se hace expugnable por aquella parte, como puede serlo por la que confina con Malta. No obstante, la mar es grande; las fuerzas de V. M., remotas, y las del turco, potentes y vecinas. De modo que pueden pasar, como pasan, de uno al otro lado, atendiendo a que los venecianos no cuentan con armada que exceda a las necesidades de la defensa propia, ni la emplearán en otra cosa, complaciéndoles más bien en ver perpetuamente acosada a la isla de corsarios, por los celos que la Monarquía de V. M. les inspira. Con tantos reinos, con tan considerables recursos, no ha podido vencer la augusta Casa de Austria a un puñado de rebeldes en los Países Bajos, porque su gran piedad la debilita, y el turco, porque hace depender del interés la Religión, y de la autoridad la vida y la substancia de sus vasallos, triunfa y se extiende de tal manera que, si no se remedia, será pronto dueño y castigo de Italia».

No es extraño que el omnipotente Duque de Lerma nombrase a Osuna Virrey y Gobernador de España en Sicilia, hecho calificado como uno de los contadisimos aciertos del famoso dictador, sin que, en puridad, quepa conceptuar que fue factor decisivo para ello la promesa sponsalicia entre el hijo del Duque y la nieta del de Uceda, nieta de Lerma, que acababa de concertarse. Como escribe Armiñán, «es indudable que la fuerza incontrastable de ese informe se impuso irresistiblemente. Estaba condensada en él toda la política del Mediterráneo y expuesta la razón de amparar a Sicilia, acorrallar al turco y salvar el poderío de España, y con él la grandeza de la Casa de Austria. Vio perfectamente que, vencido el turco, sus temibles satélites, los piratas berberiscos africanos, no serían castigo y tortura para los cristianos, y vio Osuna, y quizá fue su mejor atisbo, lo innecesario de aquella expulsión decretada de los moriscos españoles, que representaban lo más valioso de la economía y del trabajo agrícola. Ellos expulsados, y creciente el éxodo que empujaba hacia América lo más valioso del mocerío. Espa-

ña, como han demostrado plumas de reconocida autoridad y sapiencia, quedó en breve esquilhada, exangüe, empobrecida y, en corto término, convertida en yermo».

Embarcado en la escuadra de Nápoles, que, mandada por don Antonio de Terracuso, quedaba al servicio del nuevo Virrey, desembarcó éste en el puerto partenopeo, tras hacer escalas en Marsella y Génova, el 9 de Marzo de 1611. Durante la travesía acaeció un suceso que, a más de probar la inseguridad del mar y el poder y la audacia de la piratería berberisca, presagió la fortuna que alcanzaría Girón en las empresas marítimas. Habiendo éste enviado desde Alicante en una galera sus equipajes y servidumbre, fue aquella atacada y rendida, tras largo combate, por dos galeotas piratas; pero descubiertas y atacadas éstas en la travesía de Cádiz a Barcelona por la escuadra de Terracuso, no sólo consiguióse recuperar la galera cautiva con todo lo en ella embarcado, sino que fueron capturadas las dos galeotas turquescas cargadas con el fruto de sus rapiñas.

Apenas posesionado del mando, recorrió el Duque de Osuna la isla, encontrando allí una feudal nobleza rebelde que, al decir de un historiador, «ni prestaba obediencia ni abandonaba sus vicios dominadores y sus pujos de bandidaje»; pero pronto la dominó, sin humillarla, haciéndole saber que el terror que allí tenía atemorizados a los hombres de bien desaparecería en seguida por el imperio de la justicia y la aplicación del supremo rigor en el castigo, cosa que a poco probarían los hechos elocuentemente. Paralela a esa labor administrativa y política fue la de preparar la campaña que se consideraba inevitable contra el Gran Turco, entonces tradicional enemigo de la Fe de Occidente. Es fama que para ello amplió sus conocimientos mediante las enseñanzas que brindaban los libros de los grandes maestros que recientemente habían descollado en el arte de la guerra: Ufano, Salazar, Ossorio, Rojas e Isaba, y que procuró que aquella técnica influyese en la preparación de una oficialidad castrense idónea, que así quedara convertida en veterana. Esta reorganización militar llevaba también aparejada la tarea de mejorar puertos y fuertes, así como el trazado de líneas defensivas en costas y montañas con un plan lógico en el que jugaba primordial papel la experiencia secular obtenida en tantas invasiones como sufrió la codiciada isla.

Con todo, los historiadores se manifiestan contestes en que la mejor empresa realizada por el Duque de Osuna durante su virreinato en Sicilia, que completó en Nápoles, fue la creación de la escuadra, merced a la que tanta fama alcanzaría, pues, como escribe Armiñán, «vió, clarividente y patriótico, que con barcos bien dotados y mandados, el lí-

mite de las victorias estaba a la vista». Los cuarenta años transcurridos desde el triunfo —inaprovechado— de Lepanto habían servido para que acreciera el poderío de Turquía en el Mediterráneo, la cual, «con Egipto y Chipre al fondo y toda la cordillera húmeda y berberisca al margen, cerraba, como férrea tenaza, a Italia y a España en un cepo temible». Por ello advirtió Girón la necesidad no sólo de atacar a dicho país, sino de crearle enemigos interiores, ayudando a candiotas y griegos para conseguir su liberación del Gran Turco. Fácilmente se comprende lo que supondría crear una gran armada capaz de enfrentarse con la otomana, cuando Osuna sólo encontró a su llegada a Sicilia, cuatro galeras podridas. «A todo proveyó la actividad y el celo del Virrey —sigue diciendo el biógrafo de referencia—, que montó arsenales, preparando gradas, acoplando maderas, trayendo maestros calafates de Génova. En marcha la construcción de naves de la mejor traza, se dio a la recluta de capitanes de mar y buenos pilotos, sin reparar en gastos, y los reclutó en España y en Italia, no admitiéndolos sin segura probanza de su larga práctica del arte de navegar. El timón antes que la vela y el cañón».

Tan pronto como tuvo el Duque dispuestas nueve galeras reales bien equipadas, con tripulación de cien oficiales de punta, veteranos marinos y los inevitables hidalgos de aventura y forzados, dispuso que seis de ellas, al mando de don Antonio Pimentel, dieran un golpe de sorpresa a Túnez, cuyo jefe pirata, que era un renegado inglés llamado Simón Daucer, preparaba precisamente en aquellos días una expedición para saquear las Indias Occidentales. Este fue deshecho por el audaz ataque nocturno español, que pese a lo difícil y atrevido, ya que se trataba de destruir una escuadra anclada al resguardo del fortificado puerto, fue coronado por el gran éxito que merecían las tropas y tripulaciones atacantes, tan bien escogidas como admirablemente mandadas. Este y otros afortunados ataques a Túnez y Bizerta exasperaron al Sultán de Estambul, quien se dispuso a realizar una réplica contra el Virrey de Sicilia; pero el resultado de ello fue diametralmente opuesto a lo por el Gran Turco deseado. La relación, impresa en Málaga, dice así: «A 28 de Agosto de 1613, llegaron al puerto de Mesina dos naves, diciendo ser venecianas, y que traían vidrios, cristal, papel y otras mercaderías, y por traer algunos indicios de sospecha consigo y haber tenido el Duque de Osuna, príncipe de mucho valer, Virrey de Sicilia, aviso de Constantinopla de haber salido de allí algunas naves de guerra en traza de mercaderes, sin saberse los designios que llevaban, quiso S. E. visitarlas por su persona, dando a entender que gustaba de las curiosidades de los vidrios, espejos que traían, enseñándole muchas y

buenas como traídas de propósito para deslumbrar con ellas los ojos de los católicos. No le pareció al Duque gente muy segura, considerando la mucha y buena prevención de artillería que traían, habiendo en los navíos más número de personas que convenia para mercaderes, admitiendo también que la mayor parte de ellos quebraban el acento de la garganta, conforme a la costumbre turca, aunque el lenguaje era veneciano. Despidióse el Duque mostrando mucho regocijo de lo que había visto, y, sin perder coyuntura, mandó al capitán Irrizaga, vizcaíno, que fuese con una escuadra de españoles, y con color que S. E. llamaba al patrón y algunos de los más principales para informarse de ciertas cosas de Venecia, tocantes al servicio de S. M., los trujese presos a tierra, ordenando que aestasen toda la artillería del muro, en caso que no quisieran obedecer; más no osando contravenir a lo que se les mandaba, fueron con harto sentimiento suyo, aunque disimulándolo con buen semblante. Pusieron luego dos compañías de guarda a los navíos, apoderándose de sus armas y municiones».

Como no se consiguió descubrir el complot, fue necesario dar tormento a los espías, quienes confesaron que iban de orden del turco a quemar cuantos bajeles y armas españoles hubiese en Mesina, una vez logrado lo cual aparecería en el momento oportuno la escuadra otomana mandada por Azán-Bey, a la sazón resguardada junto al cabo de Aliche esperando la orden de ataque. Todo ello se malogró merced a la previsión de Osuna, quien al momento mandó que la armada de Nápoles, a las órdenes de Pimentel, unida a la de Sicilia, que comandaba don Octavio de Aragón, «partiesen de boga arrancada a dar un Santiago» a los turcos, a quienes encontraron junto a la desembocadura del río Esquilache. Habían desembarcado más de 200 para aprovisionarse de agua, y, sin llegar a recogerlos, se dispuso la armada turca a huir tan pronto como vislumbró a la cristiana. Las galeras sicilianas, mandadas por el valiente capitán don Gonzalo de Cárdenas, les cerraron el paso y Pimentel las atacó, consiguiendo un completo triunfo, cuyos detalles no cabe ofrecer aquí. Pese al valor con que los turcos se defendían, hubieron de rendirse. Sólo cinco hombres costó aquella resonante victoria, que tuvo como consecuencia apoderarse de los barcos turcos, en dos de los cuales se hallaron 20.000 zequies de oro y muchos miles de reales de a ocho y de a cuatro; recuperar un navío español que el enemigo tenía apresado; aprehender 300 turcos y, finalmente, dar la libertad a 200 cautivos cristianos. A todo esto, don Octavio de Aragón, al frente de la escuadra de Sicilia, llegaba a las costas berberiscas consiguiendo otro gran triunfo con la toma del castillo de Chicheri, cuyo Gobernador fue herido y numerosos moros muertos y heridos.

Poco después tuvo lugar una nueva y resonante victoria, que pronto corrió por el mundo dando prestigio a España. He aquí cómo el mismo Osuna la comunicó al Monarca: «Estando don Octavio de Aragón en la costa de Berbería tuve noticia que la salida de la armada del turco era cierta, y aunque en ella me decían no vendría a estas costas, me pareció asegurarme más y enviar a tomar lengua de ella, y así tuve en orden los bastimentos y municiones necesarias para que, en llegando, despalmasen (como lo hicieron), reforzando las ocho galeras de chusma fresca que había quedado en el puerto. Puse sobre cada galera cien mosqueteros y siete buenos cañones, un capitán de Infantería con su alférez y sargento, y sobre la mía, que hoy sirve de capitana, ciento y setenta mosqueteros y otros cañones. Ordené que desde el cabo hasta el tambor llevasen todos mosquetes, y en cada galera cincuenta medias picas de respeto y veinte rodelas, y por si acaso fuese preciso desherrar alguna chusma cristiana hice embarcar cincuenta chuzos por galera, habiendo yo mismo no sólo reconocido la gente y las armas, sino toda la jarcia y el velamen. Estando todo en orden, tuve aviso de una escuadra de doce galeras que andaba en guarda del archipiélago, quedándose en Constantinopla, por los negocios de Persina, Nusuf-Bajá, general de la mar, y que venía con la armada Mahomet-Bajá, hombre de poco ánimo y de ninguna experiencia ni soldadesca. Partió la escuadra de este puerto, y, siguiendo su navegación, topó con un bajel que venía de Modón con roda de turcos y algunos esclavos que me envió, y tomando lengua de que la escuadra del turco era fuera, entrando en el Archipiélago, en Hino le dieron nuevas que la armada estaba fuera, y que había en el Archipiélago algunas galeras que estaban cobrando tributo que pagaban los griegos al turco. Siguió la navegación, y en Haquería reconoció un bajel de griegos, que le avisó que dos galeras turquescas, en Jamo, cerca de aquel paraje, le habían tomado cinco barriles de pez, y cerca de ellas iban ocho naves turcas. Determinó ir las a encontrar, y habiendo hecho esta resolución, un piloto griego y un esclavo mío, practiquísimo de Levante, le llevaron al canal de Jamo, en la Natolia, y al anochecer le metieron en el cabo de Jarbo, navegación que forzosamente habían de hacer, púsose la faluca a la punta del cabo, y refrescada la gente de media noche abajo al despuntar el día descubrieron bajeles. El valeroso Toledo no titubeó un solo instante. Venían cinco galeras en vanguardia, todas de fanal. Toledo tenía dadas órdenes por escrito y tan a tiempo que no fue necesario más de pasar boga la capitana, siguiéndola las demás. Embistiéronlas con tanto valor, que en una hora estaban rendidas la capitana y seis galeras, y las otras tres, sin osar llegar a pelear, hicieron vela».

Cuando la escuadra vencedora, con su presa, retornaba a Sicilia, se desencadenó un furioso temporal que la descarrió, amenazando acabar con ella en la pavorosa noche, pero entonces un siervo de Dios que figuraba entre la tripulación, el franciscano Fr. Inocencio, bendijo las olas e impetró la protección divina, viéndose, como por ensalmo, que el mar aplacó su furia, salvándose la escuadra. «Hemos tenido por milagro evidentísimo —escribió Osuna—, pues habiendo estado pérdida desde las doce de la noche hasta el mediodía toda la escuadra, a la una de la tarde estaba en salvo, sin haberse perdido ni un cabo de cuerda, cosa imposible naturalmente».

Aquella ditada serie de aciertos del Duque de Osuna en Sicilia, donde a la vez que acreditó una gobernación ejemplar por su justicia y equidad, renovadora de la administración, obtuvo tan resonantes victorias contra los enemigos de la Cristiandad, hicieronle merecedor del Virreinato de Nápoles, el cargo más elevado a que podía aspirar un gran prócer español. Designado para ejercerlo, llegó a la gran ciudad itálica, al frente de su victoriosa escuadra, el día 20 de Julio de 1616. Acogido por el pueblo con júbilo, en seguida comenzó a dictar disposiciones análogas a las de a su llegada a Sicilia, las cuales le granjearon general simpatía, pudiendo decirse que se hizo dueño del alma de las masas, como acontece a los verdaderos conductores de pueblos.

«La política del Mediterráneo —escribe Armiñán— nadie la comprendió con mayor claridad que el gran Osuna. Era preciso a España dominar al turco, subyugar al berberisco y tener sometida a Venecia. Si a Girón, en lugar de discutirlo, menoscabando sus medios, se le hubiera alentado y protegido, el Imperio español habría sido dueño del mundo. El arco de acero desde el Bósforo hasta la Tierra Firme y el Darién no lo hubiera roto nadie». En su correspondencia al Monarca le hizo ver la carencia de barcos para perseguir a los corsarios; pero como a pesar de ello no recibió ni naves ni dinero, consagróse a ver la manera de contar con ellos valiéndose exclusivamente de sus propios medios. «Con estas ideas —dice un cronista— iba construyendo cinco grandes galeones, carenando al mismo tiempo los otros que ya tenía, acopiando artillería y pertrechos con que llenar los almacenes, dando, en una palabra, un desarrollo que nunca tuvo el arsenal, valiéndose, como en Sicilia, de multas, gastos, secretos arbitrios u obvenciones que no afectaran a las rentas de la Corona y prescindiendo de expedientes, cuentas e intervenciones de los oficiales reales de la administración». Así contó con una escuadra compuesta de seis buenos buques *La Concepción*, capitana, de 52 cañones; *La Almiranta*, de 34, al mando del alférez Serrano; *La Buenaventura*, de 27, al del alférez Iñigo Urquiza; *La*

Correntina, de 34, al del alférez Valmaseda; *San Juan Bautista*, de 30, al de Juan Cereceda, y el patache *Santiago*, de 14 cañones, al mando del alférez Carranza), escuadra que, mandada por el capitán toledano don Francisco Ribera, consiguió la resonante victoria naval de Calidonia, conceptuada como la que siguió en importancia a la de Lepanto en la lucha contra el turco, cuyo poder quedó muy quebrantado, alcanzando así la obra de Osuna su punto culminante.

Sólo nos queda ya referirnos en el aspecto marineró del genial Virrey de Nápoles a sus campañas contra Venecia, país del que dijo Quevedo: «Es el chisme del mundo y el azogue de los Príncipes; es una República que no se ha de creer ni se ha de olvidar; es mayor de lo que convenía que fuese y menor de lo que da a entender; es muy poderosa en tratos y muy descaecida en fuerzas; suntuosa en atarazanas, numerosa en bajeles, aprestados para quien temiere los vasos de una armada sin ella; es un dominio que desmiente muchos miedos. Temen que España les quite la ganancia de revendedores en Levante de lo que compran en Nápoles y en Sicilia. Es un Estado el más propenso a divisiones que hay, y por deslumbrarnos de una perpetua flaqueza suya, no dejan descansar a ningún Príncipe. Es más dañosa a los amigos que a los enemigos; su abrazo es una guerra pacífica. Su riqueza es la escala de Levante; oficio que a poca costa le quitara el puerto de Brindisi si no estuviera ciego como los que importunan a Vuestra Majestad que le limpie. Y yo sé el modo y allá saben que lo sé yo...». En estas áticas líneas del famoso polígrafo se advierte cuánto representaba Venecia como enemigo de los Austrias y, por ende, de España; enemigo que, a más de obrar por su cuenta contra los intereses de nuestro país, era en cierta manera quien aglutinaba la universal conjura para abatir el poderío y la riqueza por el mismo alcanzados. Consciente de ello, el Duque de Osuna trazó un plan para vencer a Venecia, arrebatándole el pretendido dominio absoluto del Adriático de manera análogo a como ya había logrado imponerse al turco; pero como no ignoraba que los enemigos que tenía en la propia Corte de su Soberano procurarían su fracaso, se cuidó de no revelarlo, decidiendo lanzarse a la empresa sin ayuda de nadie. Como Venecia estimulaba la ambición de Carlos Emmanuel de Saboya por erigirse en libertador de Italia, Osuna socorrió a don Pedro de Toledo, Gobernador de Milán, enviándole tres mil infantes, mil corazas y dos mil caballos, a la vez que situaba en el golfo veinte poderosos galeones. No pudieron los venecianos —pese a su jactancia de llevar su país doce siglos desposado con el Adriático— permanecer indiferentes ante aquella que conceptuaban anaudita profanación y franco ultraje, y enviaron su escuadra a combatir con la española.

